

# Carminum

Horacio



Libros Tauro

# Horacio

(65 a.C.-8 a.C.)

Poeta lírico y satírico romano, autor de obras maestras de la edad de oro de la literatura latina.

Quinto Horacio Flaco nació en diciembre del año 65 a.C., hijo de un liberto, en Venusia (hoy Venosa Apulia, Italia). Estudió en Roma y Atenas filosofía griega y poesía en la Academia. Fue nombrado tribuno militar por Marco Junio Bruto, uno de los asesinos de Julio César. Luchó en el lado del ejército republicano que cayó derrotado por Marco Antonio y Octavio (después Augusto) en Filipos. Gracias a una amnistía general volvió a Roma y rechazó el cargo de secretario personal de Augusto para dedicarse a escribir poesía.

Cuando el poeta laureado Virgilio conoció sus poemas, hacia el año 38 a.C., le presentó al estadista Cayo Mecenas, un patrocinador de las artes y amigo de Octavio, que le introdujo en los círculos literarios y políticos de Roma, y en 33 a.C. le entregó una propiedad en las colinas de Sabina donde se retiró a escribir y pensar.

Horacio, uno de los grandes poetas de Roma, escribió obras de cuatro tipos: sátiras, épicos, odas y epístolas. Sus *Sátiras* abordan cuestiones éticas como el poder destructor de la ambición, la estupidez de los extremismos y la codicia por la riqueza o la posición social. El Libro I (35 a.C.) y el Libro II (30 a.C.) de las *Sátiras*, ambos escritos en hexámetros, eran una imitación del satírico Lucilio. Las diez sátiras del Libro I y las ocho del Libro II están atemperadas por la tolerancia. Aunque los *Épicos* aparecieron también el 30 a.C., se escribieron con anterioridad, ya que reclaman con pasión el fin de la guerra civil, que terminó con la victoria de Octavio sobre Antonio en Actium en el año 31 a.C., y critican mordazmente los abusos sociales. Los 17 poemas cortos en dísticos yámbicos de los *Épicos* constituyen adaptaciones del estilo lírico griego creado por el poeta Arquiloco. La poesía más importante de Horacio se encuentra en las *Odas*, Libros I, II y III (23 a.C.), adaptadas —y algunas, imitaciones directas— de los poetas Anacreonte, Alceo y Safo. En ellas pone de manifiesto su herencia de la poesía lírica griega y predica la paz, el patriotismo, el amor, la amistad, el vino, los placeres del campo y la sencillez. Estas obras no eran totalmente políticas y de hecho incorporan bastante mitología griega y romana. Se nota la influencia de Píndaro y son famosas por su ritmo, ironía y refinamiento. Fueron muy imitadas por poetas renacentistas europeos.

Hacia el año 20 a.C. Horacio publicó el Libro I de sus *Epístolas*, veinte cartas cortas personales en versos hexámetros en las que expone sus observaciones sobre la sociedad, la literatura y la filosofía con su lógica del "punto medio", a favor de doctrinas como el epicureísmo, pero siempre abogando por la moderación, incluso en lo referente a la virtud. Para entonces su reputación era tal que, a la muerte de su amigo Virgilio el año 19 a.C., le sucedió como poeta laureado. Dos años después volvió a escribir poesía lírica cuando Augusto le encargó el himno *Carmen saeculare* para los juegos seculares de Roma. Las fechas de sus últimas obras, las *Epístolas*, Libro II; las *Odas*, Libro IV; y la *Epístola a los Pisos*, más conocida como *Ars poetica*, son inciertas. Las dos cartas que aparecen en el Libro II son discusiones literarias. *Ars poetica*, su obra más larga, ensalza a los maestros griegos, explica la dificultad y seriedad del arte de la poesía y proporciona consejos técnicos a los poetas aspirantes. Horacio murió en Roma el 27 de noviembre del año 8 a.C.

## Carminum I, 3 (El viaje de Virgilio)

Que la poderosa diosa de  
Chipre  
y los hermanos de Helena,  
lucientes astros,  
y el padre de los vientos te  
guíen,  
y sople el Yápigie favorable,  
oh nave que me debes a  
Virgilio, a ti confiado.  
Te ruego que lo restituyas  
incólume  
a las regiones Áticas  
y conserves así la mitad de mi  
alma.  
De roble y triple acero  
estaba rodeado el pecho  
de quien atravesó por vez  
primera  
el piélago cruel en frágil  
balsa,  
y no temió los ímpetus del  
Ábrego  
en lucha con los Aquilones,  
ni a las Híades tristes,  
ni la rabia del Noto,  
dueño absoluto del Adriático  
que a su gusto levanta o  
apacigua las olas.  
¿Qué cercanía de la muerte  
infundió miedo  
a aquel que con los ojos  
secos  
vio los monstruos nadando,  
el mar airado y los infames  
arrecifes de Acroceraunia?

En vano un dios prudente  
separó la tierra del insociable  
Océano,  
si es que naves impías  
surcan prohibidas aguas.  
Audaz en perpetrarlo todo,  
la raza humana se precipita  
por el abismo de lo sacrílego;  
audaz, el linaje de Jápeto  
trajo el fuego a los hombres,  
valiéndose de engaños;  
y, tras el fuego, arrebatado  
de la mansión celeste,  
la palidez y una cohorte  
nueva  
de fiebres invadieron la tierra,  
y la necesidad de morir,  
tardía en otras épocas,  
adelantó su paso y su  
llegada;  
Dédalo atravesó el éter vacío  
con alas no otorgadas al  
hombre;  
un trabajo de Hércules  
traspasó el Aqueronte:  
nada imposible hay para los  
mortales.  
En nuestra estupidez,  
ambicionamos el propio cielo,  
y, por culpa de nuestros  
crímenes,  
no dejamos que Júpiter  
deponga  
sus rayos iracundos.

## Carminum I, 11 («Carpe diem»)

No pretendas saber, pues no  
está permitido,  
el fin que a mí y a ti,  
Leucónoe,  
nos tienen asignados los  
dioses,  
ni consultes los números  
Babilónicos.  
Mejor será aceptar lo que  
venga,  
ya sean muchos los inviernos  
que Júpiter  
te conceda, o sea éste el  
último,  
el que ahora hace que el mar  
Tirreno  
rompa contra los opuestos  
cantiles.  
No seas loca, filtra tus vinos  
y adapta al breve espacio de  
tu vida  
una esperanza larga.  
Mientras hablamos, huye el  
tiempo envidioso.  
Vive el día de hoy. Captúralo.  
No fíes del incierto mañana.

## Carminum I, 14 (La nave del estado)

¿Te llevarán al mar, oh nave,  
nuevas olas?  
¿Qué haces? ¡Ay! No te  
alejes del puerto.  
¿No ves cómo tus flancos  
están faltos de remos  
y, hendido el mástil por el  
raudo Ábrego,  
tus antenas se quejan, y a  
duras penas  
puede aguantar tu quilla sin  
los cables  
al cada vez más agitado mar?  
No tienes vela sana, ni dioses  
a quienes invocar en tu  
auxilio,  
y ello por más que seas pino  
del Ponto,  
hijo de noble selva, y te jactes  
de un linaje y de un nombre  
inútil.  
Nada confía el marinero, a la  
hora del miedo,  
en las pintadas popas.  
Mantente en guardia,  
si es que no quieres ser  
juguete del viento.  
Tú, que fuiste inquietudes  
para mí  
y eres ahora deseo y cuidado  
no leve,  
evita el mar, el mar que baña  
las Cícladas brillantes.

## **Carminum I, 23 (A Cloe)**

Me evitas, Cloe, como el cervatillo  
que por desviados montes busca  
a su asustada madre, no sin vano  
temor del aire y del follaje.  
Si se agitan al viento las hojas del espino  
si los verdes lagartos hacen que cobren  
vida las zarzas, siente miedo,  
su corazón tiembla, y sus rodillas.  
Y, sin embargo, yo no te persigo,  
como un tigre feroz o un león Gétulo,  
para hacerte pedazos. Sólo quiero  
que dejes de seguir a tu madre,  
pues tienes edad ya de seguir a tu esposo.

## **Carminum I, 30 (A Venus)**

Oh Venus, reina de Gnido y Pafos,  
abandona tu Chipre tan querida  
y acude a la adornada estancia  
de Glícera, la que te invoca  
con numeroso incienso.  
Venga contigo el Niño ardiente  
y las Gracias de talles desceñidos;  
vengan las Ninfas y la Juventud,  
que sin ti a nadie atrae;  
venga Mercurio.

## Carminum I, 35 (A la Fortuna)

Oh diosa, tú que riges la grata  
Ancio  
y eres capaz, con tu  
presencia, de elevar  
a un mortal del peldaño más  
bajo  
o trocar en exequias las  
soberbias victorias.  
A ti acude, con solícito ruego,  
el pobre labrador; a ti, del mar  
señora,  
acude todo aquel que en nave  
Bitinia  
surca las ondas del mar  
Carpático.  
Te teme a ti el áspero Dacio y  
los Escitas nómadas  
las ciudades te temen, y las  
razas, y el fiero Lacio,  
y las madres de los reyes  
bárbaros,  
y los tiranos revestidos de  
púrpura,  
no sea que con pie injurioso  
derribes la columna firme  
o que una muchedumbre  
inmensa  
llame a las armas, a las  
armas  
al resto de los ciudadanos  
y destruya su imperio.  
La cruel Necesidad siempre  
te precede,  
llevando en su indomable  
mano  
gruesos clavos y cuñas;  
no falta el garfio riguroso  
ni el líquido plomo.

Te protege la Esperanza,  
y la rara Lealtad,  
cubierta con un velo blanco,  
no rehúsa tu compañía  
cuando tú, en ropa fúnebre,  
abandonas las casas  
poderosas.  
Pero el vulgo desleal y la  
ramera  
perjura retroceden; secas  
las ánforas, huyen los amigos  
falaces para no compartir el  
yugo.  
Consérvanos a César, que va  
a partir  
contra los últimos del orbe,  
los Britanos, y al enjambre  
reciente  
de jóvenes que ha de infundir  
terror  
a los pueblos de Oriente y al  
rojo Océano.  
¡Ay, ay! Nos avergüenzan  
las cicatrices y los crímenes  
fratricidas.  
¡Siglo cruel! ¿Ante qué hemos  
retrocedido?  
¿Qué ley divina hemos  
respetado?  
¿Cuándo la juventud contuvo  
la mano por temor a los  
dioses?  
¿Qué altares respetó?  
¡Ojalá temples sobre un  
yunque nuevo  
nuestro mellado hierro  
contra los Masagetas y los  
Árabes!

## Carminum I, 38 (A su esclavo)

Odio, niño, la pompa Persa.  
No me gustan esas coronas  
tejidas con las hojas del tilo.  
Deja de perseguir el lugar  
donde aún florece la rosa tardía.  
Solícito, procuro que nada añadas  
al sencillo mirto. El mirto  
te está bien a ti, que me sirves,  
y a mí, que estoy bebiendo  
al pie de la delgada vid.

## Carminum II, 3 (A Delio)

Acuérdate de conservar una mente tranquila  
en la adversidad, y en la buena fortuna  
abstente de una alegría ostentosa,  
Delio, pues tienes que morir,  
y ello aunque hayas vivido triste en todo momento  
o aunque, tumbado en retirada hierba,  
los días de fiesta, hayas disfrutado  
de las mejores cosechas de Falerno.  
¿Por qué al enorme pino y al plateado álamo  
les gusta unir la hospitalaria sombra  
de sus ramas? ¿Por qué la linfa fugitiva  
se esfuerza en deslizarse por sinuoso arroyo?  
Manda traer aquí vinos, perfumes y rosas  
—esas flores tan efímeras—, mientras  
tus bienes y tu edad y los negros hilos  
de las tres Hermanas te lo permitan.  
Te irás del soto que compraste, y de la casa,  
y de la quinta que baña el rojo Tiber;  
te irás, y un heredero poseerá  
las riquezas que amontonaste.  
Que seas rico y descendiente del venerable  
Ínaco nada importa, o que vivas  
a la intemperie, pobre y de ínfimo linaje:  
serás víctima de Orco inmisericorde.  
Todos terminaremos en el mismo lugar.  
La urna da vueltas para todos.  
Más tarde o más temprano ha de salir  
la suerte que nos embarcará  
rumbo al eterno exilio.

## Carminum II, 10 (A Licinio)

Más rectamente vivirás, Licinio,  
si no navegas siempre por alta mar,  
ni, mientras cauto temes las tormentas,  
costeas el abrupto litoral.

Todo el que ama una áurea medianía  
carece, libre de temor, de la miseria  
de un techo vulgar; carece también,  
sobrio, de un palacio envidiable.

Con más violencia azota el viento  
los pinos de mayor tamaño,  
y las torres más altas caen  
con mayor caída, y los rayos  
hieren las cumbres de los montes.

Espera en la adversidad, y en la  
felicidad otra suerte teme,  
el pecho bien dispuesto.

Es Júpiter quien trae  
los helados inviernos,  
y es él quien los aleja.

No porque hoy vayan mal las cosas  
sucederá así siempre:

Apolo a veces hace despertar  
con su cítara a la callada Musa;  
no está siempre tensando el arco.

Muéstrate fuerte y animoso  
en los aprietos y estrecheces;  
y, de igual modo, cuando un viento  
demasiado propicio hincha tus velas,  
recógelas prudentemente.



## Carminum II, 14 (A Póstumo)

¡Ay, ay, Póstumo, Póstumo,  
fugaces se deslizan los años  
y la piedad no detendrá  
las arrugas, ni la inminente vejez,  
ni la indómita muerte!  
No, amigo, ni aunque inmolases cada día  
trescientos toros al inexorable Plutón,  
el que retiene al tres veces enorme  
Gerión y a Ticio en las tristes aguas  
que habremos de surcar todos cuantos  
nos alimentamos de los frutos de la tierra,  
seamos reyes o pobres campesinos.  
Vano será que nos abstengamos  
del cruento Marte y de las rotas  
olas del ronco Adriático  
vano que en los otoños hurtemos  
los cuerpos al dañino Austro.  
Hemos de ver el negro Cocito  
que vaga con corriente lánguida,  
y la infame raza de Dánao,  
y al Eólida Sísifo, condenado  
a eterno tormento.  
Habremos de dejar tierra y casa  
y dulce esposa; y de todos estos  
árboles que cultivas ninguno,  
salvo los odiosos cipreses,  
te seguirá a ti, su dueño efímero;  
y un sucesor más digno que tú  
consumirá el Cécubo que guardaste  
con cien llaves y teñirá  
las losas con el soberbio vino,  
el mejor en las cenas de los pontífices.

## Carminum II, 17 (A Mecenas)

¿Por qué me quitas la vida con tus quejas?  
Ni a los dioses es grato, ni a mí,  
que mueras antes, Mecenas, tú,  
pilar mío, toda mi gloria.  
¡Ah! Si una fuerza prematura  
te arrebatase a ti, la mitad de mi alma,  
¿a qué esperaría yo, la otra,  
no tan querida e incompleta superviviente?  
Ese día traería la ruina a ambos.  
Pero no será vano mi juramento:  
iremos, iremos, dondequiera que vayas,  
compañeros dispuestos a hacer juntos  
la última jornada.  
Ni el aliento de la ígnea Quimera,  
ni, si resucitare, el centímano Gias,  
me arrancaría nunca de ti:  
así lo acordaron  
Justicia poderosa y las Parcas.  
Nacido bajo Libra  
o bajo el formidable Escorpión,  
el más violento signo en la hora natal,  
o bajo Capricornio, tirano  
de la onda Hespérica,  
tus astros y los míos se corresponden  
de manera increíble.  
A ti la luminosa tutela de Júpiter  
te libró del impío Saturno  
y retardó las alas del Destino veloz  
cuando el pueblo, reunido,  
tres veces te aplaudió con alegría;  
y a mí un tronco me hubiera  
aplastado el cerebro, si Fauno,  
custodio de los hombres de Mercurio  
no hubiese aligerado con su diestra el golpe.  
Acuérdate de ofrecerle víctimas  
y del templo que prometiste;  
yo inmolaré en su honor una humilde cordera.

## Carminum III, 1 (A sí mismo)

Odio al vulgo profano y lo rechazo.  
Tened las lenguas: sacerdote de las Musas,  
voy a cantar versos jamás oídos antes  
a los niños y a las doncellas.  
A sus propios rebaños rigen temibles reyes, y a ellos los gobierna  
Júpiter, famoso por su triunfo Giganteo,  
el que lo mueve todo con su ceño.  
Sucede que un hombre alinea en los surcos  
mayor número de árboles que otro hombre;  
éste, de más noble linaje, baja  
al Campo a competir; aquél, mejor por sus costumbres y su fama  
rivaliza con él; otro tiene mayor  
cantidad de clientes.  
Con justa ley, Necesidad sortea a los notables y a los ínfimos:  
una amplia urna mueve todo nombre.  
Aquel sobre cuya impía cabeza  
pende desnuda espada  
no encuentra dulce el sabor de los festines Sículos  
ni el canto de las aves y de la cítara  
le devuelven el sueño. Ese sueño  
apacible que, en cambio, no desdeña  
la casa humilde del campesino,  
ni la umbrosa ribera,  
ni Tempe, el valle oreado por

los Céfiros.  
Al que desea sólo lo suficiente  
no lo seduce el mar tumultuoso,  
ni el ímpetu cruel de Arturo al ponerse,  
ni el nacimiento de las Cabrillas,  
las viñas azotadas por el granizo  
o una finca mendaz, ya culpen sus plantíos  
a las aguas, a las estrellas que abrasan los campos  
o a los inclementes inviernos.  
Sienten los peces reducido el mar  
por las moles lanzadas a sus aguas,  
pues allí van a parar las piedras  
que sin cesar arrojan el empresario con sus obreros  
y el señor harto ya de tierra.  
Mas Temor y Amenazas suben adonde está el señor,  
y la negra Inquietud no se separa  
de su trirreme guarnecida de bronce  
y cabalga tras él, jinete.  
Y, si ni el mármol Frigio,  
ni el uso de la púrpura más brillante que un astro,  
ni la viña Falerna,  
ni el costo Aquemenio alivian el dolor del que sufre,  
¿por qué voy a construir un atrio grandioso  
con puertas envidiables, según el nuevo estilo?  
¿Por qué voy a cambiar mi valle de Sabina  
por riquezas tan pesarosas?

## Carminum III, 9 (A Lilia)

«Mientras que te agradaba  
y ningún otro joven preferido  
rodeaba con sus brazos  
tu blanco cuello,  
florece más feliz que el rey de los Persas.»  
«Mientras no ardiste más por otra,  
y no venía Lidia después de Cloe,  
yo, Lidia, la de nombre famoso,  
florece más brillante que la Romana Ili.»  
«En mí ahora reina la Tracia Cloe  
que sabe dulces ritmos y es diestra con la cítara.  
No temería yo morir por ella,  
si el Hado respetase su vida.»  
«A mí me abrasa con mutua llama  
Calais, el hijo de Órnito de Turio.  
Por él consentiría yo morir dos veces  
si el Hado respetase la vida del muchacho.»  
«¿Y qué si vuelve el antiguo amor  
y junta a los distantes con férreo yugo?  
¿Y si despido a la rubia Cloe  
y abro la puerta a Lidia desdeñada?»  
«Aunque él es más hermoso que una estrella  
y tú más voluble que el corcho  
y más irascible que el impetuoso Adriático  
contigo querría vivir, contigo moriría gustosa.»

## Carminum III, 13 (A la fuente de Bandusia)

¡Oh fuente de Bandusia, más clara que el cristal,  
digna del dulce vino puro! Mañana, y no sin flores,  
te inmolaré un cabrito, cuya frente, ya hinchada  
de sus primeros cuernos, busca amor y pelea.  
En vano, pues tus frescas aguas teñirá con su sangre roja  
este retoño de la alegre cabra.  
No es capaz de alcanzarte la hora implacable  
de la ardiente Canícula; tú ofreces  
un frescor amable a los bueyes cansados  
de arar y a la manada errática.  
Te contarás entre las fuentes célebres,  
pues he cantado el roble que se yergue

sobre tus peñas huecas, de donde  
brotan tus linfas parlanchinas.

## **Carminum III, 21 (A una ánfora)**

¡Oh nacida conmigo, siendo cónsul Manlio!,  
ya contengas lamentos o juegos,  
ya disputas y locos amores  
o sueño comfortable, piadosa arcilla  
que custodias un excelente Másico  
y eres digna de ser sacada en un día grande,  
baja—Corvino te lo manda—  
a derramar tus lánguidos vinos.  
Él, aunque está empapado de discursos Socráticos,  
no te despreciará. Se dice que también  
Catón el Viejo templaba su virtud con vino.  
Tú aplicas un tormento blando  
al carácter que es de ordinario duro;  
tú descubres, de acuerdo con el burlón Lio,  
las dudas y secretos pensamientos de los sabios.  
Tú vuelves la esperanza a las mentes inquietas  
y añades fuerzas y valor al pobre,  
que, contigo, no teme las coléricas tiaras  
de los reyes ni las armas de los soldados.  
A ti Líber y Venus—si nos es propicia—  
y las Gracias, indolentes a la hora  
de desatar sus nudos, y las brillantes lámparas  
te harán durar hasta que el regreso de Febo  
ahuyente las estrellas.

## Carminum III, 25 (A Baco)

¿Adónde, Baco, me arrebatas, lleno de ti?  
¿A qué bosques, a qué cavernas  
soy arrastrado velozmente por una mente nueva?  
¿En qué antro seré oído  
meditando introducir la gloria eterna  
del egregio César en los astros y en la asamblea  
de Júpiter? Cantaré lo insigne, lo nuevo,  
lo que ninguna boca ha cantado.  
No de otro modo que la insomne Bacante  
se queda atónita mirando desde la cumbre el Hebro,  
la Tracia blanca por la nieve  
y el Ródope hollado por pie bárbaro:  
así a mí me complace, extraviado,  
admirar las riberas y los bosques desiertos.  
¡Oh señor poderoso de las Náyades  
y de las Bacantes capaces de derribar  
los elevados fresnos con las manos!  
Nada pequeño, ni en tono humilde,  
nada mortal celebraré. Dulce peligro  
es, oh Leneo, seguir al dios que ciñe sus sienes  
con verde pámpano.

## Carminum III, 30 (A Melpómene)

Terminé un monumento más perenne que el bronce  
y más alto que las regias Pirámides  
al que ni la voraz lluvia ni el impotente Aquilón  
podrán destruir, ni la innumerable  
sucesión de los años, ni la huida de los tiempos.  
No moriré del todo: una gran parte de mí  
se salvará de Libitina. Creceré en los que vengan  
tras de mí con gloria siempre nueva,  
mientras suba el pontífice al Capitolio  
junto a la virgen silenciosa.  
Se dirá de mí, allí donde el violento  
Aufido fluye ruidosamente y donde  
Dauno, pobre de agua, reinó  
sobre silvestres pueblos,  
que, aunque de humilde cuna, fui capaz  
el primero de trasladar la lira Eolia  
a metros Itálicos. Toma, Melpómene,  
para ti la gloria ganada por mis méritos,  
que yo sólo quiero que ciñas de buen grado  
mi cabellera con laurel Delfico.

## Carminum IV, 1 (Venus tardía)

¿Mueves de nuevo guerras, Venus  
después de paz tan prolongada?  
Déjame, te lo ruego, te lo ruego.  
Ya no soy como era bajo el reinado  
de la buena Cinara. Cesa, madre cruel  
de los dulces Cupidos, de ablandar  
con tu suave imperio a un hombre endurecido  
de cerca de diez lustros. Vete  
adonde te llaman los tiernos ruegos  
de los jóvenes. Más a tono será que,  
en alas de purpúreos cisnes,  
te llegues a la casa de Paulo Máximo,  
si buscas abrasar un corazón idóneo;  
pues él es noble, bello y elocuente  
en favor de los nerviosos reos,  
joven de mil habilidades,  
y llevará muy lejos las enseñas de tu milicia.  
Y, si alguna vez es más fuerte  
que el pródigo rival y puede reírse  
de sus regalos, cerca de los lagos  
Albanos, te erigirá una estatua de mármol  
bajo un techo de limonero.  
Aspirarás allí mucho incienso,  
y te deleitarán liras y flautas Berecintias  
con sus sonos mezclados, y la siringa.  
Allí, dos veces en el día, niños  
y tiernas vírgenes, alabando  
tu divinidad, golpearán tres veces  
el suelo con blanco pie,  
según el rito Salio.  
A mí ya no me agradan mujer ni niño,  
ni crédula esperanza de amor mutuo,  
ni disputar por vino, ni ceñir  
mis sienes con las flores nuevas.  
Pero, ¡ay!, ¿por qué, por qué, Ligurino,  
corre una lágrima furtiva por mis mejillas?  
¿Por qué un poco elegante silencio  
paraliza mi lengua y mi elocuencia?  
En mis nocturnos sueños imagino  
que te tengo, que te persigo a ti,  
que vuelas por la hierba del campo Marcio,  
que te persigo a ti, cruel, por el agua inconstante.

## Carminum IV, 3 (El don de la Musa)

A aquel a quien miraste, Melpómene, al nacer,  
con ojos apacibles no lo ensalzará púgil  
el esfuerzo en el Istmo, ni un fogoso caballo  
lo conducirá vencedor en carro de Acaya,  
ni la guerra, caudillo adornado con hojas  
de Delos, lo presentará al Capitolio  
por haber aplastado hinchadas jactancias de reyes;  
antes bien, las aguas que bañan la fértil Tíbur  
y las tupidas cabelleras de los bosques  
lo harán célebre en el canto Eolio.  
El pueblo de Roma, la primera de las ciudades,  
juzga digno situarme entre los coros amables de sus poetas,  
y ya me muerde menos el envidioso diente.  
¡Oh Piéríde, que templas el dulce ruido de mi lira de oro!  
¡Oh tú, que, si quisieras, darías la armonía del cisne  
a los peces mudos! Todo es regalo tuyo  
si me señala el dedo de los que pasan  
como cultivador de la Romana cítara.  
Mi inspiración y mi buena fama, si es que la tengo,  
son sólo tuyas.



## Carminum IV, 7 (A Torcuato)

Han huido las nieves y ya vuelve  
el verdor a los campos, el follaje  
a los árboles. Muda la tierra su destino  
y los ríos decrecen y fluyen por sus cauces.  
La Gracia, con las Ninfas y sus hermanas gemelas  
se atreve a dirigir desnuda los coros.  
«No esperes lo inmortal», te avisan el año  
y la hora que arrebató el día nutricional.  
Los Céfiros mitigan el frío. El verano,  
que ha de morir también, arrolla a la primavera.  
En cuanto el fructífero otoño  
haya derramado sus frutos,  
volverá al punto el estéril invierno.  
No obstante, las veloces lunas  
reparan los daños celestes.  
Pero nosotros, cuando caemos  
donde cayeran el piadoso Eneas,  
el rico Tulo y Anco,  
somos polvo y sombra tan sólo.  
¿Quién sabe si los dioses del cielo añadirán,  
a la suma de nuestros días hoy,  
el día de mañana?  
Todo lo que hayas dado con ánimo amistoso  
escapará a las manos ávidas del heredero.  
Una vez hayas muerto y haya dictado Minos  
sobre ti solemne sentencia,  
Torcuato,  
no te devolverán a la vida ni tu linaje,  
ni tu elocuencia ni tu piedad.  
Ni la propia Diana puede librar al púdico Hipólito  
de las tinieblas infernales,  
ni Teseo puede arrancar de las cadenas Leteas  
a su querido Pirítoos.

## Carminum IV, 10 (A Ligurino)

¡Oh tú, hasta ahora cruel, en medio del poder  
que los dones de Venus te otorgan!  
Cuando un invierno inesperado llegue  
sobre tu orgullo, y caigan esos rizos  
que ahora revolotean sobre tus hombros;  
cuando se apague ese color,  
más encendido que el de la rosa roja,  
y se vuelva áspera la cara de Ligurino,  
dirás todas las veces que lo veas,  
al otro, en el espejo:  
«¡Ay! Mi espíritu de hoy,  
¿por qué no me animó cuando era niño?  
O ¿por qué no regresan aquellas tiernas  
mejillas a este nuevo corazón mío?»

---